

El libro está estructurado en cuatro partes. En la primera -“De la aldea a la ciudad conquistadora”- rastrea las bases de la situación que le interesa; en la segunda -“De la urbe al imperio”- el tema de fondo -de sumo interés y alto nivel- son los interrogantes sobre el imperialismo romano y las transformaciones económicas, sociales y “espirituales” producidas; en la tercera -“La <decadencia> de la República” estudia los aspectos básicos de la crisis de los Graco y las “guerras civiles” y en la última -subtitulada “La agonía de la República” analiza el período conocido como “Segundo Triunvirato”.

En las conclusiones Le Glay se plantea si fue una crisis de decadencia o de renacimiento. El autor que mejor le sirve para reconstruir la opinión sobre la época es obviamente Salustio, “fiel reflejo de la crisis”.

Respecto a la respuesta, el autor no duda que “si hay campo donde los acontecimientos introdujeron cambios considerables en el marco de vida y el estilo de vida de los pueblos de Roma y de las ciudades de Italia. Convertida en la *caput Italiae* y en *caput orbis*, la Ciudad del siglo I a C. es una vasta cantera en proceso de remodelación” (p. 416).

Coincidimos con Le Glay cuando -acorde con las últimas interpretaciones- afirma que “Augusto hereda un movimiento de pensamiento y un evolución de los espíritus que se remontan hasta muchas generaciones, y que sabe explotar como un arte consumado la duplicidad, la manipulación de los hombres y la habilidad política. El Imperio se había formado antes de Augusto. Éste supo consolidarlo por algunos siglos. Gracias a él, reinaba de nuevo la paz. Pretendió incluso haber <restaurado la República>. Por supuesto, era sólo ficción. Sus aduladores dijeron que había salvado a Roma. Era, sin duda, verdad. Pero Roma había perdido en ello su libertad” (p. 433). Aquí termina Le Glay y podría iniciarse un nuevo libro, pero ahora sobre Augusto; quizás el autor nos lo deba.

Estamos ante un interesante y completo análisis de un período clave de la historia de Roma -la erróneamente mentada “transición de la República al Imperio”- cuyo enfoque integral proporciona a investigadores y alumnos, además de ordenada información, nuevos aspectos y enfoques - “teje antiguos y nuevos saberes”- para emprender distintas vías de investigación.

Si algo se aprende de la historia -como querían Tucídides y Cicerón- no vendría mal rescatar estos conceptos del autor: “Es cierto que los imperios, incluso lo que perduran, acaban derrumbándose. Pero lo importante es que las civilizaciones que de ellos se siguieron les sobreviven”.

F. H.

MAYER, HANS EBERHARD. *Historia de las cruzadas*. Madrid: Istmo, 2001, 447 pp.

Entre la cantidad de obras publicadas en las últimas décadas abunda la bibliografía destinada al tema de las cruzadas y entre ésta, probablemente con la excepción del libro de

Steven Runciman, este texto es el más renombrado en la descripción de las expediciones de reconquista del Santo Sepulcro.

El autor enseña Historia medieval en la Universidad de Kiel y es mundialmente reconocido como un experto en “cruzadas”, como puede observarse en las referencias del centenar y medio de citas bibliográficas que completan el volumen.

Aunque el texto original fue redactado en 1965, la presente traducción corresponde a una reelaboración significativa de la sexta edición, basada en nuevas investigaciones y reinterpretaciones. La bibliografía, en cambio, ha sido actualizada de acuerdo con la octava edición alemana.

Mayer, en este detallado estudio sobre las cruzadas a Tierra Santa parte de un análisis geopolítico del “mundo mediterráneo” a fines del siglo XI, antes de incursionar en la controvertida cuestión del origen de las cruzadas. Resultan elocuentes sus conclusiones sobre este discutido tema: “...no hay que pensar que todos los cruzados partieron movidos por la devoción. En la Edad Media también había muchos escépticos, y los motivos para marchar a la cruzada eran muy variados, entremezclados y con mucha frecuencia de naturaleza social y económica. Mas para quienes pisaban el suelo de la doctrina de la Iglesia, o al menos no estaban fuera de ella, para quienes consideraban que la remisión de la mancha provocada por el pecado era una realidad, o al menos aceptaban la posibilidad de su existencia, la oferta tuvo que resultar de un atractivo irresistible” (p. 58).

Las cuatro primeras cruzadas son objeto de un cuidadoso y detallado estudio por parte del autor, de acuerdo con la cronología ya clásica. Coincidente con la escuela alemana la obra es acentuadamente datística, favoreciendo al lector interesado en encontrar información que no está al alcance en cualquier libro dedicado al tema.

La cruzada de los niños -que analizamos en esta misma edición en una obra debida a Cardini- le separa de la “curiosa” cruzada de Federico II y de la que denomina “primera cruzada de San Luis”, antes de referirse a la irrupción de los mongoles en Oriente próximo. Entre algunas de sus discutidas expresiones o abundantes juicios de valor, el autor no duda en hablar de “la conciencia de clase de los barones francos” (p. 319) o que “(San) Luis se diferencia mucho de Federico II, que, bajo un velo místico, se hizo conceder honores casi divinos. Su energía y la fuerza que irradiaba residían en la decisión con la que perseguía una idea moral: en este aspecto, en la historia de las cruzadas sólo se le puede equiparar a Saladino” (p. 347).

Un capítulo especial está dedicado al reino de Chipre y a los estados cruzados establecidos entre 1192 y 1244 y luego reconstituidos, entre 1254 y 1291.

Más allá de algunos juicios de valor altamente opinables y un enfoque -a veces anacrónico con la mentalidad medieval- se trata de un libro sumamente útil para obtener buena y fundamentada información sobre los hechos, como también un estado de la cuestión bibliográfica sumamente actualizado, que hacen aconsejable su utilización.

F. H.